

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

N

E

S



**XVII CONCURSO INTERNACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
«JUAN MARTÍN SAURAS»**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



# Primer Premio 2012

## *Párrafos que matan*

### William Antonio Argüello Bernal

Los seis crímenes fueron perfectos. Prístinos. Dignos de un profesional. Al menos, esa fue la opinión de las autoridades. Y no lo aseveraron por la calidad de sus facturas. Lo reafirmaron porque, a pesar de las pistas dejadas ex profeso, durante seis años desconocieron al autor.

El primero de los asesinatos en serie apenas vino a ser relacionado con los siguientes al quinto año de su ejecución. La razón fue muy sencilla: no se llevó a cabo en Europa, como todos los demás homicidios, sino en América. Y más concretamente, en el litoral argentino.

El miércoles 17 de febrero de 1960, a la medianoche, se reportó el cadáver de una joven de veinticuatro años en una estancia ubicada en las afueras de Mar de Plata. El cuerpo yacía en la habitación auxiliar del segundo piso. Presentaba múltiples heridas de arma blanca en el pecho y el vientre. Dado que no se sustrajo nada, ni hubo violencia en las cerraduras de la vivienda a orillas del mar, las autoridades catalogaron el crimen como de tipo pasional.

Sin embargo, algo atrajo su atención, tan acostumbrada a los casos más estrambóticos. Al lado de la víctima había una hoja arrancada de un libro. El siguiente era el párrafo subrayado con rojo: *Giró la llave en la cerradura, y Emma se fue derecha al anaquel tercero –tan a maravilla la guiaba su memoria–, cogió el tarro azul, lo destapó y, hundiendo en él la mano, la sacó llena de un polvo blanquecino y empezó a comérselo.* Las autoridades establecieron que pertenecía a una edición española de *Madame Bovary*, la obra insigne de Gustavo Flaubert.

Al año siguiente, se registró el segundo de los asesinatos. Acaeció en Francia, el domingo 26 de diciembre de 1961. Se trataba de una señora de treinta y seis años, que presentó envenenamiento por ingestión de arsénico. Su cadáver fue encontrado sobre la nieve enlodada de un paraje rural, a mitad de camino entre la ciudad de Ruan y el poblado de Ry, en la Alta Normandía. La víctima no evidenció muestras de tortura ni agotamiento físico, por lo que su deceso se clasificó como de suicidio. En esta ocasión, dos asuntos extrañaron a las autoridades.

En primer lugar, la mujer no resultó ser oriunda de la región, sino del puerto de Marsella. En segundo lugar, junto a ella se encontró otra página suelta. Se concluyó que ésta provenía de una edición inglesa de William Shakespeare, específicamente de *Romeo y Julieta*. Adherido con un ganchito, tenía un papel, donde se traducía al español con tinta roja una de sus líneas: *¿Qué es esto? ¿Un frasco en la mano de mi amado? / El veneno ha sido su fin prematuro. / ¡Ah, egoísta! ¿Te lo bebes todo sin dejarme / una gota que me ayude a seguirte? /*

*Te besaré: tal vez quede en tus labios / algo de veneno, para que pueda morir / con ese tónico. Tus labios están calientes. / ¿Qué? ¿Ruido? Seré rápida. Puñal afortunado, / voy a envainarte. Oxídate en mí y deja que muera. / Se apuñala y cae.*

Los tres asesinatos que le siguieron, uno en cada año, se dieron en Italia, en la Unión Soviética y, una vez más, en Francia. En todos los casos, las víctimas fueron mujeres, de distintas edades y condiciones. Solamente tras el cuarto homicidio, el de la Unión Soviética, cometido en uno de los más populosos suburbios de Leningrado, las autoridades se atrevieron a declarar en público la posibilidad de que estos crímenes fueran el producto de un asesino en serie.

Sus conjeturas se basaron en las características propias del tercer homicidio, el perpetrado en Italia en 1962. En las Arcas Scaligereras, un complejo de tumbas del siglo XIV de la familia Scala, en pleno centro de Verona, apareció el cuerpo de una joven apuñalada una sola vez en el corazón. A su lado había dos hojas arrancadas. Al igual que en el caso de Francia, éstas tenían pegadas con un ganchito sus respectivas traducciones del ruso al español. Uno de los párrafos decía: *No había que perder ni un segundo. Sacó el hacha de debajo del abrigo, la levantó con las dos manos y, sin violencia, con un movimiento casi maquinal, la dejó caer sobre la cabeza de la vieja. Raskolnikof creyó que las fuerzas le habían abandonado para siempre, pero notó que las recuperaba después de haber dado el hachazo a Aliona Ivanovna.* El otro párrafo narraba la continuación de aquel asesinato: *El hacha cayó de pleno sobre el cráneo, hendió la parte superior del hueso frontal y casi llegó al occipucio. Lizaveta Ivanovna se desplomó. Raskolnikof perdió la cabeza, se apoderó del envoltorio, después lo dejó caer y corrió al vestíbulo.*

Las autoridades dedujeron, sin tener que recurrir a otras manos expertas, que estas páginas se trataban de *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievsky. Y dado que los cadáveres de las dos mujeres hallados en el suburbio de Leningrado efectivamente fueron agredidos con un hacha, ellas determinaron dos cosas. Una, que el asesino en serie recurría a los pasajes literarios para advertir, con suficiente antelación y con total descaro, sobre las condiciones y el lugar de su próximo golpe. La otra, que él sólo cometía un crimen por año.

Para los psicólogos consultados en el momento, ello no solamente ahondaba el ego del criminal con cada victoria suya, sino que le incrementaba el placer a la hora de ejecutar los homicidios. Además, ellos advirtieron del evidente cuadro patológico de misoginia que el asesino presentaba.

De acuerdo con la precaria información recopilada por las autoridades, el más posible perfil del autor de los escalofrantes sucesos debía ser, al menos, el de un hombre de edad mediana con salud y condición física excelsas para realizar aquellas horribles acciones; de semblante atractivo que le facilitara intimar con sus víctimas; versado, puesto que conocía al dedillo las minucias de la literatura universal; políglota para traducir, de su propio puño y letra, los textos originales; de solvencia económica con que sustentar todos sus desplazamientos por Europa, y de nacionalidad española o latinoamericana, dado que los párrafos reproducidos a mano y con tinta roja estaban redactados en un español impecable.

Además, los estudios grafológicos realizados a los manuscritos encontrados en cada escena del crimen concluyeron tres cosas: que pertenecían a la misma persona, dado la preservación de sus giros; que eran de una persona zurda, por el tipo de letra y la inclinación de la misma, y que el carácter de dicha persona zurda era fuerte y decidido, porque la firmeza del delineado no manifestaba angustia ni apremio y, ante todo, no evidenciaba vacilación.

Puesto que con el par de cuerpos femeninos mutilados con hacha en Leningrado también se halló otra página arrancada de un libro editado en inglés, con base en ésta las autoridades dictaminaron que, si el criminal preservaba su *modus operandi*, el próximo asesinato, el número cinco, sin duda sería perpetrado en París, entre la primavera y el verano del año siguiente.

Lo pudieron establecer así, con total certeza, porque el correspondiente párrafo traducido al español con tinta roja pertenecía a *Los crímenes de la calle Morgue*, del escritor estadounidense Edgar Allan Poe: *No se veía huella alguna de madame L'Espanaye, pero al notarse la presencia de una insólita cantidad de hollín al pie de la chimenea, se procedió a registrarla, encontrándose (¡cosa horrible de describir!) el cadáver de su hija, cabeza abajo, el cual había sido metido a la fuerza en la estrecha abertura y considerablemente empujado hacia arriba. El cuerpo estaba caliente. Al examinarlo, se advirtieron en él numerosas excoriaciones, producidas, sin duda, por la violencia con que fuera introducido y por la que requirió arrancarlo de allí. Veíanse profundos arañazos en el rostro, y en la garganta aparecían contusiones negruzcas y profundas huellas de uñas, como si la víctima hubiera sido estrangulada. Luego de una cuidadosa búsqueda en cada porción de la casa, sin que apareciera nada nuevo, los vecinos se introdujeron en un pequeño patio pavimentado de la parte posterior del edificio y encontraron el cadáver de la anciana señora, la cual había sido degollada tan salvajemente que, al tratar de levantar el cuerpo, la cabeza se desprendió del tronco. Horribles mutilaciones aparecían en la cabeza y en el cuerpo, y este último apenas presentaba forma humana.*

Sin perder más tiempo, desde el 1 de enero de 1964 se montó un operativo encubierto en París con el fin de dar con el Homicida Letrado, tal como el criminal comenzó a ser denominado por los medios masivos de comunicación, especialmente por los impresos amarillistas, que no cesaron de publicar reportajes, crónicas y hasta supuestas entrevistas con el personaje de moda.

El problema para las autoridades ahora radicaba en el mismo carácter ficcional de la literatura. Al igual que acontece con el condado de Yoknapatawpha, creado por William Faulkner en los años treinta con base en un territorio del noroeste del estado de Mississippi, que grosso modo corresponde al condado de Lafayette, el *quartier Saint-Roch*, mencionado por Poe en su texto publicado en 1841, es un referente imaginario que no existe en la capital francesa, como sí existe en la ciudad canadiense de Quebec y en las localidades francesas de Niza y Montpellier. Mucho menos hace parte de la realidad la susodicha calle Morgue.

En consecuencia, las autoridades, apoyándose en profesores de literatura de la Universidad de La Sorbona, que establecieron que Poe muy posiblemente situó su relato de corte policiaco en una zona apartada de la ciudad de comienzos del siglo XIX correspondiente a lo que es el centro de la urbe actual, delimitaron un área específica entre las calles Richelieu y Saint Roch.





Pero el dilema consistía en que aquella zona seguía siendo un espacio extenso y demasiado poblado para ser controlado con efectividad durante todo el año, las veinticuatro horas del día. Además, nadie les aseguraba que el asesino en serie fuera a actuar en dicho territorio, lo que efectivamente sucedió en la madrugada primaveral del sábado 4 de abril de 1964.

Y tal como está escriturado en la obra de Poe, las mujeres involucradas fueron dos: una señora de setenta y tres años, y otra dama de cuarenta años. La primera resultó decapitada por el filo de una navaja y la segunda pereció por asfixia mecánica, como lo determinaron los forenses parisinos. Pero la sorpresa para las autoridades radicó en el lugar de los acontecimientos: los cuerpos estaban en un apartamento de la misma cuadra de la Dirección Central de la Policía. Esta vez, el homicida se había burlado en la propia cara de sus perseguidores.

A finales de aquel año, apenas comenzando octubre, las autoridades por fin contaron con dos datos que les permitieron establecer la nacionalidad del criminal que las tenía en vilo desde hacía cuatro años.

Por un lado, a través de sus pares argentinos, pudieron relacionar el crimen aislado de Mar de Plata con la serie de brutales asesinatos en Europa. Así, establecieron que en 1960 el homicida se había inspirado en *El túnel*, de Ernesto Sábato, y que la descripción de la muerte de María Iribarne a manos de Juan Pablo Castel fue su único móvil: *Entonces, llorando, le clavé el cuchillo en el pecho. Ella apretó las mandíbulas y cerró los ojos y cuando yo saqué el cuchillo chorreante de sangre, los abrió con esfuerzo y me miró con una mirada dolorosa y humilde. Un súbito furor fortaleció mi alma y clavé muchas veces el cuchillo en su pecho y en su vientre. Después salí nuevamente a la terraza y descendí con un gran ímpetu, como si el demonio ya estuviera para siempre en mi espíritu. Los relámpagos me mostraron, por última vez, un paisaje que nos había sido común.*

Por otro lado, una denuncia radicada ante las autoridades españolas en junio de 1959 por violencia física, terminó por confirmarles la procedencia del criminal. En aquella ocasión, dos jovencitas aseguraron, bajo la gravedad de juramento, haber sido golpeadas con un cinturón y laceradas con una espuela en las afueras de Robledo de Corpes, un municipio de la comunidad de Castilla-La Mancha. Las afectadas indicaron que su agresor fue un hombre alto y corpulento, elegante, de tez blanca, ojos y cabellos oscuros, y con acento argentino.

Una vez más, las autoridades tuvieron que recurrir a la literatura universal para desentrañar las oscuras intenciones del infractor en dicho momento. Y una vez más, la literatura universal se dignó colaborarles. El victimario, en su primera incursión como novato del bajo mundo, intentó reproducir lo mejor que pudo los sucesos relatados en el *Cantar de mío Cid* con respecto a la suerte corrida por doña Elvira y doña Sol: *Las dos damas mucho rogaron, mas de nada les sirvió; / empezaron a azotarlas los infantes de Carrión, / con las cinchas corredizas les pegan sin compasión, / hiérenlas con las espuelas donde sientan más dolor, / y les rasgan las camisas y las carnes a las dos, / sobre las telas de seda limpia la sangre mucha asomó, / las hijas del Cid lo sienten en lo hondo del corazón.*

QUE SE CON  
ONDE ASCIEN  
PARA LUEG



Enardecidas por el hallazgo, las autoridades fijaron 1965 como el plazo máximo para la captura, ya fuera vivo o muerto, del denominado Homicida Letrado, cuya fama comenzaba a rivalizar con la de otros renombrados asesinos en serie, como Jack el Destripador, Thug Behram, el Asesino del Zodiaco, David Berkowitz y Albert Fish. Para las autoridades, teniendo en cuenta los mismos términos literarios empleados por su perseguido, había llegado la hora de rendirles de su parte homenaje a Auguste Dupin, Sherlock Holmes, Hercules Poirot y Jules Maigret.

A como diera lugar, de una vez por todas, se propusieron detener a otro de los miembros de la larga lista de los llamados *Serial Killers*, que, de acuerdo con los anales históricos, comenzó a documentarse con Locusta, la esclava de la Antigua Roma cuyos polvos de sucesión, a base de cicuta, beleño y otras plantas, le sirvieron para deshacerse de tantos otros en nombre de terceros por rivalidades políticas, herencias sin cobrar y desaires en el amor.

Como sucedió con los cinco homicidios anteriores, junto a los cadáveres de las dos mujeres halladas en el centro de París existía otra hoja arrancada de una novela canónica. Se decretó que se trataba de una edición rusa de *Ana Karenina*. El párrafo traducido al español en tinta roja tenía que ver con el suicidio de la protagonista, tras no sobreponerse al repudio social: *El velo negro que todo lo esfumaba ante sus ojos se rasgó y entonces pudo ver por un momento el brillo de su vida pasada, con todos sus goces. Pero sus ojos seguían fijos en la parte anterior del vagón que iba acercándose y, cuando ya casi se hallaba ante ella, arrojó la bolsa roja y se dejó caer de rodillas con la cabeza inclinada hacia adelante y apoyando las manos en el suelo como para volverse a levantar. Inmediatamente se asustó de su propio acto, aunque no se daba exacta cuenta de dónde estaba, ni de lo que hacía, ni de por qué lo hacía. Trató de incorporarse y echarse hacia atrás, pero el monstruo de hierro le golpeó la cabeza, la tiró de espaldas y la arrastró.*

Así que el asesino en serie esta vez no tendría ninguna escapatoria. Ya no se trataba de un paraje inhóspito a campo abierto, de unas tumbas solitarias y oscuras o de un barrio marginal sin protección alguna. Las cartas estaban echadas sobre la mesa. El lugar de encuentro ahora sería una estación de tren soviética. El crimen por cometer ahora sería arrojar una mujer a los rieles.

De acuerdo con la novela de León Tolstoi, la muerte de Ana Karenina acaeció en mayo, durante las horas de la noche. Esos tendrían que ser la época y el momento en que el asesino actuaría, si es que respetaba el texto seleccionado con frialdad para indicar su próximo homicidio. Por lo tanto, las autoridades concentraron sus esfuerzos en Zheleznodorozhny, una pequeña localidad a veintiún kilómetros de Moscú. En el siglo XIX, aquel asentamiento rural fue el pueblo de Obiralovka, cuya estación de tren escogió Tolstoi para el final de su personaje.

De manera adicional, las autoridades ordenaron que se estableciera una vigilancia especial en las nueve estaciones ferroviarias de Moscú, haciendo hincapié en la terminal de Yaroslavsky, la más concurrida y a donde desde 1904 arriba el tren Transiberiano, considerado el más largo del mundo. Incluso, a pesar de los rigores de la Guerra Fría, las autoridades locales recibieron refuerzos logísticos y humanos procedentes de Estados Unidos.

El problema radicaría ahora en las estaciones de paso diseminadas por el área metropolitana y en las estaciones de provincia, aquellas asentadas en la periferia de la capital.

Incluso, el asesino podría hacer uso de cualquiera de las hermosas estaciones de las siete líneas del metro de Moscú, que sumaban ciento diecisiete paradas y que para los efectos prácticos sería lo mismo.

El tan esperado golpe mortal fue cometido finalmente el viernes 7 de mayo de 1965. Y tal como lo temieron las autoridades, no ocurrió en una estación de tren, sino en una estación del metro moscovita donde convergen las líneas uno, dos y tres. El homicida había sacado provecho del retorno de la jornada laboral, la hora más congestionada. Cuando los responsables del operativo pudieron arribar al lugar de los hechos, el crimen llevaba dos horas perpetrado.

En la escabrosa escena no encontraron uno, sino dos cuerpos destrozados por los metales. Los restos humanos permanecían diseminados varios metros a lo largo de la ancha línea férrea. Pero la mayor sorpresa fue que una de las dos víctimas correspondía al sexo masculino. De acuerdo con los testigos oculares, cuando el vagón del metro se aproximaba al andén, el hombre alto y corpulento, elegante, de tez blanca, y ojos y cabellos oscuros, empujó sorpresivamente a la mujer desde la plataforma a los rieles, pero antes de caer, ésta lo alcanzó a asir por el brazo, arrastrándolo consigo bajo las ruedas de acero.

Y tal como aconteció con los cinco homicidios anteriores, en la escena del crimen se recopiló la consabida referencia literaria traducida al español con tinta roja. Fue lo único que la muerte no mancilló. En este caso, se trató de un texto clásico griego. La traducción al español de Sófocles constaba de dos párrafos.

El primero decía lo siguiente: *Entró a la casa temblando de pura perturbación. Se arrancaba los cabellos con las dos manos. Cuando llegó al dormitorio, Yocasta cerró la puerta con seguro. Adentro, llamó a gritos a Layo que murió hace tiempo, doliéndose del hijo que mataría al padre y que la haría a ella concebir hijos abominables. Quejose de la cama matrimonial de su doble miseria, donde del marido le nació el marido y del hijo los hijos.*

El otro párrafo era el desenlace de aquellos acontecimientos trágicos: *Con un grito horrendo, y como guiado por alguien, Edipo se lanzó contra la puerta de dos hojas y haciendo saltar el cerrojo, entró en la habitación. Al mirar, distinguió a la mujer: colgaba por torcida cuerda. Él, tan pronto la vio, rugió desamparado, y rompió la atadura. Pero cuando la desdichada Yocasta yacía inerte en el suelo, sucedió algo espantoso de ver. Él le arrancó de sus vestidos los alfileres de oro con que ella se adornaba, los alzó y se clavó los ojos, gritando: ¡No verán más el mal que he sufrido ni el mal que he hecho. En las sombras verán a los que no debieron ver, y jamás encontrarán a los que esperaron conocer!*

Para las autoridades, el engorroso asunto quedó resuelto y archivado aquella misma noche. Entendieron que no había que darle más vueltas al Caso del Homicida Letrado, que encontró una muerte inesperada.

Entre las cosas adicionales que ellas hallaron ese viernes de mediados de primavera, estuvieron un pasaporte argentino falso a nombre de Jorge Luis Borges, que el criminal cargaba consigo, y un papelito sucio y desgastado, doblado en cuatro partes en el fondo de su billetera, con la siguiente sentencia del afamado poeta argentino e invidente, nacido en la calle Tucumán de Buenos Aires en 1899: *Que un individuo quiera despertar en otro individuo*

*recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía.* Para la tranquilidad de conciencia de las autoridades quedó el hecho de haber frustrado el siguiente crimen en serie, el número siete, que por lo visto iba a ser el de abusar de la madre del asesino y estrangularla. Lo que las autoridades jamás podrán establecer es hasta qué punto el Homicida Letrado estuvo dispuesto a someterse a la ceguera del rey de Tebas para redimir sus culpas pasadas.

a liberación y población

VO ES TERRORISMO



## Segundo Premio 2012

### *El naufragio*

### Javier Aparicio Moline

Como no podía ser de otra manera, las lluvias torrenciales que asolaron la comarca durante cuarenta días y cuarenta noches seguidas acabaron por despertar hasta a los muertos. El cementerio de Tierrallana, que por aquellas fechas tenía más huéspedes que el mismo pueblo, cedió ante tanto diluvio, y terminó por desalojar del mismo los cuerpos que en él habitaban, con la misma furia con la que el arrendador desahucia de su casa al inquilino moroso. Getulio Meneses, el viejo sepulturero, al escuchar desde su casa vecina al camposanto el angustioso quejido que produjo la tierra al corromperse, se asomó a la ventana y, tras observar atónito cómo el lodazal se llevaba secuestrados el centenar largo de ataúdes que la tierra removida acababa de regurgitar de sus entrañas, se persignó atropellado antes de quejarse con su acostumbrada amargura:

—A los muertos ya no los respeta ni Dios.

Después se calzó las botas altas de goma, se enfundó el impermeable negro de los días de entierro sobre su jersey de lana marrón de las noches de asueto, agotó el cigarro encendido de dos profundas bocanadas, echó un largo trago de la botella mediada de aguardiente de moras y salió dispuesto a salvar los restos del naufragio. Sin embargo, las loables intenciones de Getulio se ahogaron con él instantes después, ya que no había dado ni tres pasos cuando la tierra se abrió de nuevo y lo engulló sin avisar. El anciano, que siempre había soñado con un ceremonioso entierro, pues al fin y al cabo llevaba en su funesto cargo casi toda la vida, debió conformarse con la fosa común que sirvió días más tarde de tumba improvisada a todos los muertos indocumentados, irreconocibles todos ellos por la mortaja que el barro dejó a su paso cincelada sobre sus rostros.

La definitiva ausencia de Getulio, debidamente sentida en el pueblo, provocó el inevitable desorden a la hora de proceder a los recuentos oficiales de los muertos fugados de sus tumbas, pues, dada su dilatada experiencia, sólo él hubiera podido devolver a su sitio cada uno de los catafalcos que navegaron a la deriva durante aquella noche de tormenta desatada. Por ello, a pesar de que don Perfecto Satrustegui, el juez de instrucción de la comarca, se había hecho llegar previsoramente los archivos del registro civil para conocer con exactitud el número de muertos a los que había que volver a enterrar, se vio en la necesidad de abrir todos y cada uno de los ataúdes arrastrados por el oleaje, a fin de que los vecinos del pueblo con parientes alojados en el cementerio procedieran a su preceptivo reconocimiento.

Dos días después de iniciarse las obligadas identificaciones, cuando don Perfecto ya presumía concluida tan luctuosa labor, y se encontraba disfrutando de una merecida copa de licor de cacao en la cantina de la estación, fue avisado por León Benavides, el secretario del juzgado, para que se personara en el viejo molino de agua de la antigua carretera provincial, pues en el cauce del río había aparecido encallado un nuevo ataúd. Ante la llamada



La Corporación Colombiana de Teatro

PRESENTA A

**S ARTE Y PARTE H MUJERES ARTISTAS EN LA PAZ DE COLOMBIA**

LA PAZ DE COLOMBIA

ANDREA: ...

... porta lo que ...

... EN 14 E 1 ...

... el 10 de septi ...

... Calle ...

... el apoyo de ...

... INSCR ...

... MES ...

... useo.o ...

... Torre A ...

... TIBIO ...

... GRAFIA ...

... NOV ...

... MPRI ...





del deber, el juez suspiró, apuró el licor con deleite y reclamó del cantinero que le sirviera otra copa.

—La verdad, don Emeterio, por un minuto más o un minuto menos... —sopesó el togado, acariciándose los lacios bigotes azabachados que le adornaban su semblante cachetudo.

Emeterio, el cantinero, le sirvió la copa de licor solicitada y conformó del todo con el apacible magistrado:

—Razón no le falta a usted, señoría, pues a este muerto, que yo sepa, ningún vecino lo reclamó siquiera.

Don Perfecto, sorprendido, posó la copa en la barra y buscó con la mirada a su ayudante.

—¿Es esto cierto, León? —inquirió el magistrado instructor con el entrecejo fruncido.

El secretario judicial, que se encontraba sentado junto a una mesa cercana ordenando los papeles de la tragedia, sumergió su vista cansada en el largo listado de cuerpos naufragados y, tras cotejar detenidamente aquélla con la lista de reclamaciones familiares efectuadas hasta la fecha, confirmó finalmente la ausencia de interesados en el último finado.

Ante tal revelación, don Perfecto se tragó de golpe el licor de cacao que le quedaba en la copa, dejó unas monedas sobre el mostrador y se levantó con agilidad impropia de sus años.

—Muy bien, Benavides, vayamos para allá, pues incluso los muertos olvidados tienen derecho a descansar en paz.

Media hora después, cuando la fría tarde había comenzado a agonizar, el juez instructor, acompañado de su secretario, y escoltados ambos por dos agentes de la Guardia Civil, arribaron a la ladera desde la cual todavía se contemplaba el ataúd varado, cuyo vertiginoso descenso por las aguas del río había sido detenido por un viejo alcornoque que se retorció junto a la orilla contraria al molino abandonado del ya fallecido Agapito Topete. Don Perfecto se remangó entonces los pantalones de franela gris que vestía, se calzó las botas de agua que le habían sido dadas en prenda el primer día que llegara al pueblo para levantar los muertos escapados y se acercó resuelto al ataúd. León, el secretario, que descendió tras el magistrado con evidentes apuros, pues a él no le habían prestado el calzado apropiado para tales menesteres, fue el primero en señalar la pobreza del catafalco, el cual aparecía visiblemente astillado por uno de sus costados.

—Señoría, parece ataúd de pobres.

Don Perfecto se agachó junto a la caja mortuoria, acarició la madera humedecida y entornó los párpados durante unos segundos, tratando de recordar dónde había visto antes una caja como aquélla. Instantes después, se incorporó y miró sereno al secretario.

—Acierta usted a medias, León, —manifestó con aire docente el juez—, pues el ataúd, más que de pobres, parece de presidiario, pero cierto es que en esta vida no hay nadie más pobre que quien carece de libertad.



Entonces el magistrado ordenó a los dos guardias que voltearan con cuidado el ataúd. Los agentes de la autoridad, obedientes, acataron la orden y procedieron a ejecutar el mandato judicial. Cuando el féretro estuvo finalmente en la posición indicada, el togado extrajo su pañuelo almidonado del bolsillo interior de la chaqueta, lo pasó con exquisito cuidado sobre la madera reblandecida por las aguas y apartó algunos hierbajos adosados al mismo. Luego, pidió una linterna, enfocó el haz de luz sobre la parte superior del ataúd, volvió a mirar, esta vez con aire triunfal, a su ayudante y le señaló con el dedo índice la leyenda grabada sobre la tapa de la caja. León Benavides dio un paso al frente y leyó en voz alta la breve esquelera que había resucitado sobre la misma:

—Penal de Fuertemar. Preso número mil cuatrocientos treinta y seis. R.I.P.

Don Perfecto, satisfecho por lo acertado de su pronóstico, sonrió a León, y acto seguido interesó de los guardias el traslado inmediato de la caja al tanatorio municipal a fin de proceder a su apertura. Media hora después, los agentes consiguieron izar el ataúd por la ladera e introducirlo en el coche de la funeraria que acababa de llegar. Entonces el magistrado, que había seguido en contemplativo silencio la improvisada mudanza, prendió con elegancia un fino cigarrillo mentolado y, tras expulsar parsimonioso el humo del cigarro, expuso a su ayudante los temores que le invadían:

—León, para serle sincero, este muerto me huele francamente mal.

El secretario judicial, que se encontraba transcribiendo el acta del levantamiento a la difusa luz de la linterna, levantó la mirada del papel timbrado y preguntó al juez la causa de su oloroso desvelo.

—Verá, amigo León, como habrá observado usted, el ataúd se encontraba astillado por uno de sus laterales.

—Sí, señoría, el izquierdo —corroboró el asistente tras un vistazo rápido a sus notas—. Sin embargo, no alcanzo a comprender cuál es el motivo de su preocupación.

—Pues es bien sencillo, León —se impacientó el juez—; el muerto que hay en esa caja ni siquiera huele. Y la muerte, amigo mío, siempre anuncia su presencia de forma destacada.

El secretario, que no había caído en tan sentido detalle, quedó boquiabierto, sin saber qué contestar. Luego, tras unos segundos de callada reflexión, siguió en pos del magistrado, que ya había comenzado el ascenso por la ladera enlodazada.

Cuando el magistrado don Perfecto Satrústegui llegó acompañado de su ayudante a la morgue del pueblo, el doctor Arcadio Bonilla ya se encontraba aguardando su llegada, si bien con el ánimo ciertamente destemplado, pues la noticia del envío de un nuevo cadáver al tanatorio había venido a trastocar de todo punto los planes que había pergeñado con precisión quirúrgica para aquella misma noche con una joven mulata llamada Santa Cienfuegos, llegada de ultramar una semana atrás, y que había sido recién contratada por doña Paquita Céspedes, la regenta de la casa de lenocinio más antigua de la provincia, para que desarrollara allí sus contrastadas habilidades. A pesar de ello, el doctor Bonilla, que no quería malos entendidos con la justicia, puso cara de asepsia ante aquella inesperada urgencia, y brindó con diligencia sus servicios y también sus archivos, por si hubieran de resultar necesarios para la identificación del último cuerpo aparecido. Ante tal bienvenida,

don Perfecto, consciente de lo tardío de la hora, agradeció la comprensión del médico, aunque le anunció que ya se había cursado la oportuna orden al penal de Fuertemar reclamando su intervención en el asunto. El médico asintió entonces y solicitó de los recién llegados que le acompañaran hasta la sala a la que se había transportado el ataúd. Cuando entraron en ésta, la caja ya se encontraba depositada sobre la brillante mesa de zinc en la que el doctor Bonilla efectuaba las autopsias. Con el paso decidido, cual banderillero veterano, pues quería abreviar cuanto antes la labor encomendada, el médico, seguido de Carlota Bastos, la enfermera del dispensario, mujer de vida repleta, a juzgar por su físico desbordado, se dirigió hasta el ataúd. Don Perfecto, al que los actos post mortem siempre le deprimían en exceso, declinó cortés la invitación que el médico le hizo para acompañarle en su cometido y dejó en su lugar al secretario Benavides para que diera fe de cuanto se desarrollase en el interior de la sala, mientras él se quedaba en el pasillo fumando al tiempo que daba paseos arriba y abajo a la espera de noticias.

Cuando don Perfecto se disponía a encender su segundo cigarro, tres gritos de estupor, procedentes de la sala de autopsias, se escucharon con nitidez desde la posición de retaguardia en la que el magistrado esperaba impaciente el parte de novedades. León, con el semblante ceniciento, asomó entonces el rostro por la puerta y llamó con voz nerviosa al togado. Don Perfecto, alarmado, devolvió el cigarrillo a su elegante pitillera grabada con sus iniciales, se encaminó precipitado a la habitación contigua, entró en la sala aromatizada con agua oxigenada y formol, echó una mirada cautelosa a los allí reunidos y, tras unos segundos de eterna vacilación, asomó su rostro bigotudo por encima de la tapa abierta del ataúd. Cinco segundos después, don Perfecto levantó la vista del interior del féretro, la posó sobre León Benavides y, circunspecto, ordenó que certificara la ausencia de cadáver, pues dentro de la caja tan sólo reposaba un traje de reo, triste y apolillado, relleno con arena.

A esa misma hora, pero muy lejos de allí, Saúl Cascajales, el que fuera durante años el preso número mil cuatrocientos treinta y seis en el penal de Fuertemar, vivía confiado al paio que la paz eterna siempre concede a los muertos, sin sospechar que la fuga hábilmente perpetrada mediante un óbito oportunamente falsificado, acababa de ser descubierta un lustro después, debido a un insólito naufragio acaecido tierra adentro.